

selectiva” de los sucesos que le dieron origen y así ajusta cuentas con la historia anterior y con sus contemporáneos del propio campo. El ejercicio, más allá de la colocación del autor, es ilustrativo de cómo se han escrito las memorias sobre los años sesenta y setenta. Zarowsky no sólo destaca algunas omisiones de hechos que le parecen fundamentales, sino que sostiene que esa historia está todavía impregnada de juicios normativos hechos por algunos protagonistas de esos periodos y en muchos casos la reconstrucción está desahistorizada. Estas cuestiones ponen de relieve cómo esos años todavía son los de una disputa por el sentido del pasado y también del presente, en definitiva, una disputa que no es otra cosa que política.

El recorrido por la trayectoria de Mattelart está apuntado por la idea de que ese itinerario reconoce “entrecruzamientos múltiples”. Esto lo ayuda a no perder de vista las muchas vicisitudes por las que viajó su retratado, captando los ricos matices de ese periodo histórico —los años sesenta y setenta— pero también de la realidad latinoamericana. Allí están los impulsos de organismos multilaterales para la puesta en marcha del desarrollismo y al mismo tiempo su contestación, la teoría de la dependencia. El papel del Estado como generador de la planificación de políticas y la Universidad como el centro privilegiado de saber y productor de diagnósticos para esa tarea, encontraron en la figura de Mattelart un aliado. Mattelart, en ese movimiento, colaboró y a la vez produjo algunos ajustes en las orientaciones que se impartían desde la política y la teoría, y por eso mismo se desplazaba. El experto belga en ese movimiento cambió sus intereses intelectuales y con ellos su objeto de estudio. Cuestionó entonces el rol del cientista social y colocó a la política en el centro de gravitación de su práctica político intelectual, mostrando cómo ese movimiento no sólo era epocal sino también generacional. Allí es donde se producen las condiciones que hacen posible la edición de **Para leer al Pato Donald** de Dorfman y Mattelart, señala Zarowsky, poniendo de relieve cómo las obras no operan en el vacío sino que adquieren todo su sentido al reconstruir el contexto que posibilita su producción. Esos son los años en los que la movilidad del campo intelectual lo dinamiza como nunca antes y donde también Chile aparece como una vía novedosa en el recorrido que los actores de la izquierda quieren llevar adelante en busca del cambio social de signo socialista. De diferentes lugares llegan intelectuales que se interesan por la “vía chilena”, el intercambio se vuelve productivo y Mattelart coloca una preocupación que en ese

momento aparece como capital: la falta de políticas y estudios sobre los medios de comunicación para una política contrahegemónica. Aparece allí una palabra clave de la lucha cultural latinoamericana y que el libro escrito con Dorfman ejemplifica bien, Imperialismo. Eso y no otra cosa supone la lucha por la liberación y el socialismo.

El golpe de Estado de Pinochet precipitó la salida de muchos intelectuales y tiró por la borda los planes de la Unidad Popular. Mattelart es obligado al exilio y en su regreso a Francia nuestro autor retrata su inestabilidad y su condición de exiliado “latinoamericano”. Anclado en lo que Zarowsky llama una “esfera pública internacional popular” Mattelart profundizó sus lazos con otros intelectuales al tiempo que batalló por colocar su problemática en un medio que le era un tanto hostil y desierto para los estudios sobre la comunicación. Actuando como un verdadero *bricoleur*, el pensador belga incursionó en el cine, el periodismo, la traducción y edición de textos, y también como consultor transformándose en un hacedor de proyectos e ideas. Esto le valió como reputación para acercarse a los socialistas franceses y extender su red de influencia. Como muestra el libro, su exilio lejos de catapultarlo al centro de la escena o dejarlo en el abandono, lo colocó en un lugar trabajoso pero productivo. En esa clave es que el autor encara el problema que analiza en la última parte, pensando rupturas y continuidades nuevamente como un diálogo con las evaluaciones sobre la figura de Mattelart y sobre los estudios en comunicación que lo antecedieron. De este modo, Zarowsky se avoca a descifrar “el mapa cognitivo” que el intelectual belga movilizó en sus producciones. Para ello se concentra en el diálogo y posteriormente distanciamiento que Mattelart emprendió con las escuelas de economía política de la comunicación de cuño anglosajón, y como ese diálogo redundó en una nueva perspectiva. Perspectiva que el autor belga sostendrá hasta bien entrados los años ochenta.

En un mundo donde el capitalismo despliega como nunca antes su escala planetaria, Mattelart se avoca a dar curso a su teoría de la Comunicación-Mundo. Zarowsky muestra los *continuum* pero también los desplazamientos cuando lo local se hace global y viceversa, sin perder de vista las asimetrías y los desfases que generan las interdependencias. A riegos de sonar redundantes, diremos para terminar, que el libro de Zarowsky se constituye en una obra de gran aporte que deja como legado un modelo, porque señala un método

y una guía, para todo los estudios biográficos y sobre historia intelectual.

José María Casco
(UBA/UNLAM)

A propósito de Mariana Di Stéfano, **El lector libertario. Prácticas e ideologías lectoras del anarquismo (1898-1915)**, Buenos Aires, Eudeba, 2013, 212 pp.

El lector libertario. Prácticas e ideologías lectoras del anarquismo argentino (1898-1915) es producto de la tesis doctoral en Lingüística de Mariana Di Stéfano, en la que se analizan las políticas del lenguaje del anarquismo argentino compuestas por las políticas de lectura, de escritura y de la lengua. Este libro se propone dar cuenta de la matriz ideológica que orientó las conductas lectoras del movimiento, es decir, las representaciones que tenía el anarquismo sobre la lectura. Para esto, Di Stéfano aborda una amplia variedad de géneros discursivos: textos de ideólogos del anarquismo y la educación libertaria como William Godwin, Mijail Bakunin, Paul Robin, Francisco Ferrer y Guardia y Julio Barcos, prensa anarquista local, libros escolares para niños y las revistas educativas **Francisco Ferrer** y **La Escuela Popular**, destinadas a la propaganda de la educación racionalista en el país. La indagación de estos textos se lleva a cabo a partir de la perspectiva de la Glotopolítica Histórica, enfoque a partir del cual se estudian las prácticas discursivas que realizan los grupos sociales como un signo de su inscripción en las relaciones de dominación. De esta forma, el análisis del discurso realizado pone especial énfasis en la situación enunciativa que hace posible entender los sentidos que se ponen en juego, así como la imagen del enunciador y el enunciatario construidos en el propio discurso. Así, las prácticas lectoras que la autora estudia dan cuenta de las representaciones sociales que el anarquismo poseía sobre sí mismo y sobre su relación con respecto a otros grupos. Indagar estas prácticas en un movimiento que se caracterizó por una producción tan prolifera de prensa, bibliotecas, centros culturales y escuelas es un aspecto clave para profundizar el conocimiento en torno al anarquismo en particular, y para repensar la importancia de la reflexión sobre el propio lenguaje de las fuentes que se indagan desde las Ciencias Sociales en general.

La autora explica al anarquismo a partir de la categoría de *comunidad discursiva*, como una comunidad lectora. A partir de ello defiende la hipótesis de que la identidad libertaria se



define por su práctica con la lectura y las representaciones que sobre ella tienen los anarquistas: la lectura como camino hacia la libertad y como objeción al poder instituido. Es así como, según Di Stéfano, a pesar de la fragmentación existente dentro del anarquismo, esta concepción sobre la lectura pone de manifiesto una regularidad en el grupo y cierta homogeneidad ante la necesidad de disputar hegemonía frente al discurso dominante.

El recorte temporal comienza en 1898, entre la aparición de la publicación que consolidaría el triunfo del sector proclive a la organización sindical, siguiendo la hipótesis de Iacov Oved, y la primera experiencia educativa en Buenos Aires, para culminar en 1915, año en que deja de aparecer el **Boletín de de Educación Racionalista**.

El libro, dividido en cinco capítulos, comienza caracterizando los rasgos centrales de la ideología lectora ácrata en los discursos de pensadores del anarquismo y la educación racionalista y a partir de allí realiza un recorrido por las enunciaciones en torno a la lectura que formaron parte del ámbito educativo como lo fueron los libros escolares y la prensa educativa.

El primer capítulo postula que lo contrahegemónico del anarquismo se dio precisamente en la concepción de una lectura crítica y en la introducción de nuevos objetos de lectura. Estas prácticas la autora las ubica principalmente en el espacio de las escuelas creadas por el propio movimiento. Partiendo del concepto de *ideología* de Marc Angenot, como la máxima ideológica que subyace en un enunciando, la autora propone dos rasgos centrales de la ideología lectora anarquista: la lectura como objeción y la lectura como un camino hacia la libertad. La primera concepción de la lectura, que presupone un rechazo a toda autoridad y a la necesidad de tomar la palabra para demostrar la falsedad del poder hegemónico, implica un esfuerzo, un trabajo y un compromiso individual que todo libertario debería asumir. La segunda, en cambio, implica una actitud obediente para con el saber científico entendido como la verdad y por lo tanto el acceso a él se produce de manera casi espontánea, como una revelación. A partir de allí es que la autora rescata dos concepciones contrapuestas del lenguaje que coexistieron en el anarquismo: por un lado, el lenguaje del poder es entendido como opaco, sujeto al debate y a la crítica; por el otro, el lenguaje de la ciencia considerado transparente, despojado de ideología.

Teniendo en cuenta la lectura como objeción, Di Stéfano postula que el desafío que debieron

afrontar los proyectos pedagógicos fue el de alejarse de la transmisión plena de conocimientos y enseñar al niño a razonar. Sin embargo, y en la medida en que las experiencias educativas del anarquismo no forman parte del objeto de estudio de este libro, esta es una afirmación que requiere posiblemente de un posterior análisis para indagar en qué medida esa concepción de la lectura y del aprendizaje así como la relación adulto-niño o docente-alumno entraba en tensión en las prácticas que el anarquismo llevó a cabo durante más de dos décadas. A su vez, lo que pone de manifiesto esta tensión entre enseñar a leer de forma crítica y difundir la doctrina del movimiento, es la negación a toda forma de autoritarismo por parte del discurso anarquista conviviendo con la necesidad de disputar poder y crear un lector homogéneo y una comunidad que se apropie de la *discursividad rebelde*, en términos de la autora.

El segundo capítulo aborda la Biblioteca de la Escuela Moderna llevada a cabo por Francisco Ferrer y Guardia. Este proyecto, desarrollado para la formación de los alumnos de las escuelas racionalistas en España, es rescatado, según Di Stéfano, por diferentes motivos. En parte, por su originalidad dentro del anarquismo ya que se disputó un espacio enunciativo tradicionalmente en manos de los poderes hegemónicos visible en la producción de materiales de lectura escolares. Además, porque la Colección Francisco Ferrer de esta Biblioteca se constituyó como un modelo para quienes emprendían escuelas en nuestro país. Finalmente, porque este emprendimiento demuestra la preocupación del grupo por la infancia y la educación temprana, así como también por el papel que la educación podía tener en la transformación social. Frente a este último punto, es necesario recordar que el rol de la educación y la prioridad adjudicada a las escuelas fue objeto de debate y de tensiones al interior del anarquismo, como en parte han afirmado los trabajos de Dora Barrancos y Juan Suriano. La Biblioteca representaba el camino para construir a través de la lectura una nueva subjetividad en los niños requerida para la transformación social, aunque planteada de cierta manera despojada de las tensiones que impregnaron el rol que debía ocupar la educación en el proceso revolucionario. A partir del análisis minucioso de las publicaciones de la Biblioteca, Di Stéfano muestra que la formación del lector libertario requirió de la adquisición de distintos saberes a partir de diversas estrategias. Así, divide los variados tipos de textos que se encuentran en Ferrer, eligiendo analizar aquellos destinados a la enseñanza de la lengua española, la lectura y la escritura como fueron el

Compendio de Gramática de la Lengua Española, Las aventuras de Nono y Sembrando Flores. Uno de los rasgos que distingue la autora es que no todas las obras incluidas en la Colección fueron escritas para formar parte de ésta, razón por la cual se incluyeron autores que, si bien apoyaban la educación racionalista, no por ello compartieron la ideología anarquista.

En el tercer capítulo se estudian los cuadernos manuscritos que formaron parte de la Colección Francisco Ferrer a partir de la categoría de *género discursivo* propuesta por Mijail Bajtin y de las reformulaciones más recientes de la Escuela francesa del análisis del discurso, que plantean el *efecto de genericidad*, complejizando el tan citado concepto bajtiniano, al poner el énfasis en la situación enunciativa que permite pensar tanto en la producción como en la recepción del discurso y en la noción de género como parte de un efecto de sentido construido por el enunciador que guía y predispone la lectura de un texto. Para analizar los manuscritos, la autora indaga las rupturas y estabilidades genéricas existentes en la producción de estos textos en relación a los empleados en la enseñanza formal. En cuanto al estilo, se conserva la formalidad y complejidad en el léxico y la estructura sintáctica propios de los manuscritos de la época. En cambio, en torno a la estructura y la finalidad sí detecta un cambio, ya que en los textos de la Colección de Francisco Ferrer se puede observar un desplazamiento hacia el aprendizaje de la escritura y no sólo de la lectura como ocurre en los otros textos del mismo género. La parte más rica del capítulo es aquella en la que se examina el tema de los manuscritos ya que pone de manifiesto, al mismo tiempo, rupturas y continuidades genéricas que dan cuenta de las distintas concepciones del lenguaje abordados en el primer capítulo. En este sentido, Di Stéfano evidencia por un lado, una ruptura en cuanto a la representación del mundo, en términos de Emile Benveniste, que en los materiales escolares aparece sin conflicto. Esa representación se construyó en los libros anarquistas desde la percepción de la injusticia, la falta de libertad y el autoritarismo reinante en la sociedad. El saber sobre el conflicto implicaba entonces polemizar con aquello que estaría naturalizado por el "sentido común" de la sociedad y por lo tanto requiere de un proceso de razonamiento que el sujeto debía llevar a cabo para acceder a él. Por otro lado, la autora demuestra las continuidades en torno al saber científico que se construyó, al igual que en los libros escolares, como un saber evidente, incontestable, que

no necesitaba ser demostrado y a partir del cual se accedía a partir de la mera exposición a esas “verdades científicas”.

El cuarto capítulo pone el énfasis en las tensiones entre lo que Di Stéfano denomina como dos tipos de racionalismos presentes en las publicaciones **Francisco Ferrer** y **La Escuela Popular**. La autora, si bien aclara que en ambas revistas educativas el anarquismo formó alianzas con otros sectores de la época, argumenta que el racionalismo presente en **Francisco Ferrer** tendría una correspondencia con los objetivos del anarquismo en la medida en que defendía la transformación social y la educación como una herramienta esencial para llevarla a cabo. Por esta razón, según Di Stéfano en **Francisco Ferrer** estaría presente un racionalismo que denomina “libertario”. En cambio, en **La Escuela Popular** existía un “racionalismo progresista” cuyo objetivo era hallar reformas más acotadas, ligadas a la transformación del sistema educativo. Según la autora, esta diferencia entre los discursos de ambas revistas, estaría dado por el debilitamiento que produjo el Centenario de la Revolución de Mayo en el movimiento ácrata. Es aquí donde, según Di Stéfano, entró en crisis la postura racionalista dentro del anarquismo que tenía como propósito la creación de escuelas propias al tiempo que comienza a adoptar un discurso promotor de transformación pero dentro de la escuela formal. La Liga de Educación Racionalista creada en nuestro país en 1912 encarnaría este desplazamiento, tal como sugiere también Juan Suriano, quien postula la “separación” del grupo pro-educación liderado por Julio Barcos del resto del anarquismo. De esta manera, mientras en **Francisco Ferrer** estarían presentes los objetivos y principios anarquistas, en **La Escuela Popular** predominarían los del progresismo a partir de la construcción del enunciatario, la estética, las temáticas abordadas, las obras recomendadas y la concepción de la lectura que se tenían de cada revista. Sin embargo, algunos trabajos más actuales, posteriores al pionero de Juan Suriano, han vuelto sobre el tema y a repensar las tensiones al interior del anarquismo para definir el propio significado de ser libertario, disputado por distintas publicaciones, entre las que **La Protesta** representa una fracción.

Finalmente, el quinto capítulo indaga a partir del concepto de *escena* propuesto por Dominique Maingueneau, la construcción de las *escenas de lectura* presentes en **La Protesta**, entendidas como la representación discursiva de determinadas prácticas. A partir de un profundo análisis, la autora describe su importancia no sólo en los ambientes educativos sino en el rol de herramienta de trans-

formación en diversos ámbitos y acontecimientos, como en las manifestaciones del Primero de Mayo. El libro, el diario, el panfleto y todo material escrito aparece como un estandarte de lucha en diversos espacios como la plaza, el sindicato y la fábrica. Otra escena que reconstruye es la de la asamblea en donde se leían cartas de compañeros presos y en donde también se ensayaban escrituras colectivas para resumir los consensos del encuentro. Si bien este último tema no está profundizado, es pertinente para reflexionar sobre la lectura y la escritura, aunque cada una eran actividades a partir de las cuales el sujeto adquiriría una mirada crítica o un saber científico, como parte de un proceso que implicaban un “estar con otros” en marchas, asambleas, aulas escolares y lecturas comentadas.

En conclusión, **El lector libertario** postula cierta homogeneidad del anarquismo en la construcción de una comunidad discursiva para la disputa del poder y la construcción de una contrahegemonía, en contraposición a las miradas que ponen el eje en las tensiones y diferencias no sólo al interior del movimiento sino también en relación con otros sectores de la izquierda. Es en el cruce de los discursos y las prácticas de esos actores donde se pueden encontrar los matices para entender las experiencias del pasado de una forma que no opaque su complejidad. Precisamente por esa convivencia marcada por la existencia simultánea de consenso- diferencia y aliados-enemigos, es que vale la pena repensar la experiencia histórica de un grupo que dedicó muchos de sus recursos materiales y humanos a la disputa por los significados en torno a las luchas encarnadas en la conformación de un sindicato o la acción huelguística y que el libro de Mariana Di Stéfano reconstruye de forma indiscutible.

Sabrina González
(IDAES-UNSAM)

A propósito de *Andreas L. Doeswijk, Los anarco bolcheviques rioplatenses (1917-1930)*, Buenos Aires, *CeDInCI*, 2013, 306 pp.

El trabajo de *Andreas Doeswijk* introduce varias novedades a las discusiones historiográficas sobre el anarquismo argentino existentes hasta hoy en día. Se trata de una tesis doctoral finalizada en 1998 que circuló ampliamente en forma de fotocopias por los grupos y bibliotecas abocados al tema, donde tomó relevancia por constituir una indagación inicial sobre agrupaciones, folletos y periódicos de un período hasta ese momento no trabajado. Por lo tanto, es

un texto ya bastante citado por los investigadores aunque sus páginas no dialoguen con los últimos quince años de investigaciones.

Aún hoy encontramos insistentes discusiones sobre si los huelguistas de la Patagonia de 1921 eran anarquistas o filo-bolcheviques en las cuales no se puede pensar la posibilidad de que, precisamente, se haya tratado de anarquistas filo-bolcheviques. Los mismos militantes anarquistas borraron esta parte de su pasado, pero la hoz y el martillo llegaron a estar en el sello de la FORA, y términos como “dictadura del proletariado”, “Centurias Rojas”, “Ejércitos Rojos” y “pre-revolución” fueron ideas adoptadas y discutidas por militantes anarquistas. *Doeswijk* trae por primera vez los **Manuscritos inéditos** de *Nettlau* al debate histórico sobre el anarquismo argentino para sostener que efectivamente la versión oficial internacional compró la versión oficial nacional. El olvido voluntario de la trayectoria del grupo de militantes que aquí se reconstruye partió de 1925, cuando, desde las páginas de una obra determinante de la historiografía oficial anarquista, *Diego Abad de Santillán* y *Emilio López Arango*, promovieron la idea luego replicada de que el movimiento anarquista en su totalidad se opuso desde el principio a la Revolución Rusa. Sin embargo, *Doeswijk* afirma que la revolución en Rusia, no sólo entusiasmó a todo el espectro del anarquismo al menos hasta 1919, sino que además revitalizó al movimiento, aumentó considerablemente sus bases, e, incluso, le dio una cohesión sorpresiva. Por lo que una de las primeras tesis fuertes en la que *Doeswijk* insiste contra las investigaciones editadas hasta su momento es ponderar el apresuramiento con la que se declaró la defunción del anarquismo argentino, además de cargar contra la historiografía marxista y remarcar que la Revolución Rusa inicialmente tuvo un significativo impacto en las filas anarquistas.

La revitalización de la izquierda en general a partir de la revolución se manifestó en fuertes movilizaciones en varias ciudades del mundo a partir de 1918, especialmente en España, Italia y Alemania, y *Doeswijk* introduce la categoría de “trienio rojo”, tal como se lo ha aplicado en estos países, para referirse a estos años de luchas políticas argentinas. En tanto, entre enero de 1919 y diciembre de 1921, estallaron en el país numerosos conflictos: la denominada “Semana Trágica”, las huelgas en La Forestal, el “Verano Rojo”, la huelga de los maestros en Mendoza, la huelga de los marítimos, la “huelga de las Bombas”, y, finalmente, los acontecimientos de Santa Cruz en 1921.

Como señala el propio autor, algunas de estas